

Bello y Bolívar

Escribete: RAFAEL GOMEZ HOYOS, Pbro.

Hay dos nombres en la historia de América, aprestigiados por la fama, y asociados, sin previo acuerdo y por caminos diferentes, a una empresa común y a una vocación conjunta, integradora de la libertad en sus dos formas sustantivas: la intelectual y la política. Bello y Bolívar componen aquel binomio egregio que confluye en un designio heroico de acción humana intensa, fecunda e ilimitada, con la persuasión luminosa de que la cultura y la independendencia son procesos orientados a la dicha de sus compatriotas y al triunfo del espíritu.

Establecer el paralelo entre estos dos varones insignes, nacidos por la misma época y bajo el cielo de la afortunada Caracas, hubiera sido tarea digna del ingenio de Plutarco o de la pluma diáfana y brillante de Maurois o de Rodó, para hablar de escritores más cercanos a nosotros.

Intento ahora, tímidamente y con las limitaciones que es fácil comprender, remontar el curso de estas dos vidas, tan divergentes en múltiples aspectos, y sin embargo paralelas en el proceso creador, en la realización de un destino de rarácter universal y en la conquista de una gloria que a entrambos ilumina con destellos inmortales. Son dos ríos que atraviesan la geografía espiritual del continente americano: discurre el uno, plácido y sereno, por en medio de eglógicos paisajes, ensanchando lentamente su cauce en largo recorrido y fertilizando las tierras bañadas por sus aguas, claras y fecundantes; mientras que el otro se precipita con la fuerza de torrente embravecido que al desbordarse arrasa y destruye, arranca e inunda, para llevar vida nueva a las regiones devastadas.

Bello alcanzó la más alta autoridad en el mundo literario hispánico que se inclinó y todavía se inclina ante su ciencia, aún no superada, de filólogo y gramático. Bolívar, como guerrero y estadista no ha tenido par en los fastos americanos y puede ocupar sitio digno al lado de los grandes capitanes de la historia universal. Bello es maestro de maestros, árbitro intelectual de su época y forjador de la unidad cultural de la comunidad hispánica. Bolívar es el árbitro de la paz y de la guerra, genio de la venganza y la victoria, como cantó Miguel Antonio Caro, precursor de la solidaridad de los países hispanoamericanos y creador de su unidad política. Bolívar es el padre y libertador, Bello el maestro y civilizador.

Cuán disímiles fueron sus orígenes. Bello fue el hijo mayor de una familia de clase media: su padre, modesto abogado y funcionario de la burocracia colonial, y su madre, mujer laboriosa e inteligente, rodean al niño, al adolescente y al joven de cuidados, atenciones y ternuras, y estimulan su precoz curiosidad intelectual dándole como maestros a tres ilustrados sacerdotes que lo inician en el camino de la ciencia y de la fe. Aquel ambiente hogareño, austero en la pobreza, rígido en la moral y en el trabajo, cordial en el afecto, le infundió a Bello disciplina mental, ambición de saber, equilibrio emocional, seguridad en sí mismo, constancia en la lucha y aprecio de la vida familiar. Las impresiones de la niñez —nos dirá él mismo— ejercen sobre nosotros un poder irresistible y deciden por lo común de nuestra felicidad.

A los 18 años el joven sabio ya domina el latín y se solaza con las armonías de Horacio y de Virgilio; conoce a perfección la literatura castellana; ha leído los clásicos franceses en su propia lengua; se ha aficionado a la nueva filosofía o sea la física experimental, y ya empieza a introducirse en las letras inglesas en su idioma original, estudiado, como el francés, con esfuerzo solitario.

Bolívar, en cambio, es el niño menor de aristocrática familia, dueña de extensísimos fundos y ambiciosa de títulos nobiliarios y preeminencias sociales. A los tres años huérfano de padre, a los cuatro separado de la madre tuberculosa de cuya leche no se alimentó, y huérfano de ella a los nueve, el niño Simoncito crece a la buena de Dios, descuidado en su educación, desprovisto de cariños, mimado caprichosamente en pasajeros momentos por tíos complacientes que andan siempre absorbidos por la administración de las haciendas y la caza de pomposos honores cortesanos. Es fácil deducir, con tales antecedentes, la formación de un temperamento reservado, huraño y melancólico, con tendencia a la dureza y a la crueldad, con fuerte desequilibrio en sus reacciones anímicas, nervioso y pasional. Sus amigos de infancia no son niños de su misma edad, y pone cariño y admiración en personas mayores que logran afectar su sensibilidad y herir su imaginación: el semiloco genial Simón Rodríguez y el precursor revolucionario, rebelde perpetuo contra la dominación española, don Manuel de Matos.

La célebre carta —la primera conocida en este corresponsal fecundísimo que llena con sus misivas varios tomos— escrita desde Veracruz, a los 16 años, es reflejo exacto, en su pésima ortografía, en sus frases descoyuntadas, en sus ideas y observaciones anodinas, de la descuidada educación de aquel joven, tan rico en bienes materiales, pero tan pobre de patrimonio espiritual. El mismo tío Esteban Palacio que lo acogió como hijo en la corte de Madrid y se afanó por su instrucción, confiesa que para entonces todo lo que sabía era “leer un poco y escribir mal”. Porque el profesorado de Bello fue muy relativo. Por más que Bolívar, con el noble propósito de salvar la memoria de su madre y de sus tíos, y también por orgullo personal, se esforzó reiteradas veces por exaltar el valor de las enseñanzas de Bello y de otros maestros, lo cierto es que no se trató de un curso metódico y aprovechado, sino de unas cuantas clases dadas por el humanista, en breve temporada, a Bolívar y a otros jóvenes de la aristocracia criolla. Amunátegui, el biógrafo de Bello y confidente

del anciano, nos relata que su biografiado nunca hizo alarde de su magisterio, a pesar de la celebridad que ya había alcanzado su discípulo. “Diré aquí —anota el historiador chileno— que Bolívar, dotado de un talento extraordinario pero de muy escasa aplicación, aprendió bajo la dirección de Bello pocos conocimientos geográficos”.

La instrucción de Bello fue metódica, disciplinada y estructurada sobre las humanidades latinas, y su ciencia como su arte, fueron fruto de un largo proceso de depuración y perfeccionamiento; su estilo puro, sereno, finamente elaborado, dotado de armonía y musicalidad, fue dócil instrumento de su inteligencia que se paseó señera por todos los horizontes del conocimiento humano.

Bolívar fue verdadero y apresurado autodidacta. El trato en los salones europeos con personas ilustradas, la lectura de la historia romana y griega y de las biografías de los grandes hombres, y el estudio constante, en el breve descanso del vivac y en los periódicos intermedios entre sus derrotas y triunfos militares, de los escritores de la *Ilustración*, contribuyeron al enriquecimiento de su ideario filosófico y político y a la formación de su fulgurante y vivísima prosa literaria. Lo demás será obra de su genio intuitivo, de su imaginación creadora, de lecciones recibidas en la escuela de una vida transcurrida con tremenda intensidad, y de su visión profética del futuro.

Si en Bello predomina la lógica discursiva, el raciocinio severo y exacto, el análisis profundo, en Bolívar se suceden las reacciones extralógicas y a veces contradictorias, los chispazos de la adivinación, el brillo de las metáforas, el conocimiento rápido y certero de los hombres y de las cosas, y la concepción audaz de altos y nobles pensamientos. Si Bello es el clásico sereno, alumbrado a veces por el fuego del romanticismo, Bolívar es el romántico sentimental, inmerso en la antigüedad clásica, la cual nutre sus sueños de libertad y de grandeza. Modelo en el género epistolar; maestro en las proclamas militares con las cuales enardece a jefes y soldados; sicólogo y sociólogo en los manifiestos a la población civil, sacudida y despertada por él a la ambición del reconocimiento de sus derechos y a la aceptación de sacrificios; orador magnífico en discursos a las magnas asambleas representativas; escritor conceptuoso en famosos documentos que aquilatan su fama de estadista y político; crítico literario de refinado gusto, Bolívar, esencialmente hombre de acción, nos sorprende como varón de ideas que sabe engalanar y revestir con espléndido ropaje. Cualquier pensamiento, por trivial que sea, un lugar común, el menor hecho rutinario de la vida social, se transforma y embellece en la pluma de aquel mago del estilo.

Las cláusulas de Bello tienen el sonido claro de las campanas de aldea, de las esquilas del ganado, de los caramillos pastoriles, mientras que la prosa de Bolívar deja oír el timbre de clarines y tambores y el sonoro retumbar de los cañones. El uno sueña con los beneficios del progreso y los encantos de la paz, y entona himnos a la fecunda zona, siguiendo la inspiración del dulce cantor de las *Geórgicas*; el otro, hijo de Marte, desata las tempestades de la guerra y se enardece con los ejemplos de Alejandro y Aníbal, de César y Napoleón.

Bello es en todo la medida, el equilibrio, la norma, la síntesis, el justo medio. "En todo lo que es del dominio social —escribió trazando su propia silueta intelectual— es preciso que haya espíritus asustadizos y almas ardientes, fastidiadas de lo que existe y ansiosas de cambiarlo a todo trance; conservadores y radicales; elementos necesarios de toda sociedad activa, de cuyos combinados esfuerzos nace el justo medio, en que se encuentran la virtud, la razón, y el bien público".

Bolívar, por contraste, es la pasión desatada, el fuego devastador, la locura quijotesca, la postura radical, el signo que encarna y tipifica la revolución. Bello es la lámpara que consume lentamente el aceite de su ideal; Bolívar la hoguera ardiente que destruye en brevísimo tiempo todo lo que a ella va arrojando: su honor, sus sueños, su reposo, su fortuna, su salud, su vida misma.

Originario del trópico, propicio a la abundosa fraseología, Bello realizó el imposible prodigio de decir mucho en pocas palabras: la densidad de su pensamiento estimula a los versados a ulteriores investigaciones, mientras que la claridad y sencillez de exposición guían al ignorante por caminos fáciles y abiertos. Los sabios han profundizado sus teorías y el pueblo ha bebido en sus libros la información elemental que está al alcance de su entendimiento. Por igual manera Bolívar atrae al estadista y al niño, impresiona al hombre culto y al ignaro, interesa y sorprende al estudioso de la administración, al teórico de la política, al militar de carrera, al novelista, al poeta.

Empero, en la maravillosa dispersión de las facultades y actividades intelectuales de Bello aparecen núcleos centrales, ideas claves que dan dirección, sentido y unidad a su pensamiento: todo su saber está inspirado por el empeño tenaz y la acuciosa urgencia de elevar el nivel de la educación, de difundir las luces, de cimentar la libertad sobre bases de cultura, de justicia y de derecho. Como filólogo y jurisconsulto, como filósofo y científico, como periodista, poeta, ensayista y crítico, investigó, meditó y escribió con finalidades didácticas, con la convicción de que solo la verdad haría libres a sus compatriotas.

Cuando propone la reforma ortográfica para la unificación y simplificación de la escritura y por ende para facilitar la lectura, lo hace movido "del celo por la propagación de las luces en América; único medio de radicar una libertad racional y con ella los bienes de la cultura civil y de la prosperidad pública". En materia de lenguaje, no reconoce autoridad a ningún cuerpo académico, porque "la libertad es, en lo literario, no menos que en lo político, la fomentadora de todos los adelantos".

Dentro de esta misma línea se puede enfocar su acción depuradora y dignificadora del idioma patrio, instrumento necesario para todo progreso, vínculo de fraternidad entre los pueblos hispanoamericanos, y expresión de las nuevas realidades políticas. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes —escribía— la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas. Por ello, frente a España defendió para los americanos la libertad de crítica y el derecho a legislar sobre el idioma común, y a participar dignamente en su evolución y desarrollo.

De esta misma actitud derivan su libro sobre el *Derecho de gentes*, dedicado a "la juventud de los Estados americanos, para la defensa y vindicación de nuestros derechos nacionales"; su *Código civil*, adaptado a los nuevos sistemas republicanos; sus ensayos sobre filosofía de la historia, y su faena poética, dedicada a exaltar el sacrificio heroico de nuestros pueblos y de sus libertadores, y a cantar las bellezas y opulencias del trópico. Por manera que su vida y su obra toda están henchidas del más puro patriotismo e inspiradas por un anhelo constante de independencia intelectual.

La libertad política fue la meta alucinante de Bolívar. Desde 1812, época en que parece despertar de un profundo letargo, empiezan a brotar de su mente y de su pluma frases de fuego, rubricadas por la acción inmediata, las cuales audazmente transtornan el orden establecido tradicionalmente en la escala de los valores. "Amo la libertad de América, más que mi gloria propia... Soy capaz de consagrar a mi patria hasta mi honra misma, deshonrándome sobre sus aras como una víctima derramaría su sangre". A su patria libre sacrifica "el honor, que es mi ley suprema", y la vida, "que después de la libertad es el don más precioso que el Ser Supremo nos haya dado... Hay que hacer por la fuerza libres a los pueblos estúpidos que desconocen el valor de sus derechos". En los momentos de depresión, cuando se halla vencido y abatido, lanza este reto quijotesco: "Respondo de la libertad de América". Esta pasión suya por la libertad, llama que ilumina y quema su espíritu, valor supremo en la jerarquía moral e intelectual del héroe, fue la que hizo posible la independencia de medio continente.

En el orden familiar la disimilitud entre los dos personajes es también notoria. Si Bello vio su hogar alegrado por la presencia de dos esposas sucesivas que le brindaron gracias y sonrisas, y poblado por numerosos hijos que lo llenaron de orgullo y de profundas complacencias, aun en medio de los apremios y angustias de orden económico que ensombrecieron parte de su vida, Bolívar se nos aparece siempre solitario, acariciado por ráfagas de dicha matrimonial y de satisfacciones de intimidad hogareña. Como si la Providencia lo hubiera querido mantener en aquella soledad de afectos y libertad de vínculos estables, necesarias para la realización de la tarea portentosa a que lo tenía destinado.

Pero, ¿qué más, si en los mismos caracteres físicos eran tan diversos? Bello es blanco, de mirada dulce y melancólica, de complexión robusta y movimientos pausados; Bolívar, moreno, de ojos de fuego que producían atracción fascinadora, recto y delgado como una lanza, impresiona por la movilidad de sus acciones y gestos.

Ahora nos podemos preguntar qué clase de relaciones existieron entre ellos. Es lógico pensar que no podía surgir amistad íntima entre los dos jóvenes caraqueños. Aprecio sí y agradecimiento mutuo, surgido de aquel magisterio efímero que enfrentó a un precoz sabio, serio y disciplinado, con un muchacho desaplicado y displicente, que a pesar de todo recompensó a su profesor con lujoso traje de paño azul.

Cuando Bolívar regresa de Europa por segunda vez y preside en su casa reuniones literarias, Bello acude allá y deja oír sus delicadas imita-

ciones virgilianas. Ya el corazón del futuro héroe había recibido el aliento de la gloria napoleónica y en el Monte Sacro había sentido el delirio de la libertad. El y sus contertulios debieron conmoverse y entusiasmarse con aquellas románticas estrofas de la égloga:

*“Mas hay de mí!, que en vano, en vano envío
a la inhumana mi doliente acento.
¿Qué delirio, qué sueño es este mío?
Prender quise la sombra, atar el viento,
seguir el humo y detener el río”.*

No escuchamos más tarde, en el ocaso melancólico de San Pedro Alejandrino una extraña resonancia de estos versos en la queja doliente: “¿Quién sabe si aré en el mar y edifiqué en el viento?”.

Bello desempeña el cargo de oficial de la secretaría del gobernador Emparán, amigo y alegre camarada de fiestas de Bolívar, quien en las jornadas de abril de 1810 le vuelve la espalda, entretenido en los pleitos abogadiles con el célebre doctor Briceño. Cae el gobernador español, y la Junta Suprema, conservadora de los derechos de Fernando VII, nombra a Bello secretario.

Bolívar no puede y no quiere quedar al margen de aquel nuevo gobierno, e interpone toda la influencia de sus parientes y amigos y en especial el peso de su fortuna para hacerse nombrar, ascendido al grado de coronel, presidente de la legación diplomática acreditada ante el gobierno británico. Bello, conocedor del inglés y práctico en el estilo diplomático, es incorporado a la comisión en calidad de secretario.

Desde el 9 de junio hasta el 21 de septiembre convivirán, primero en el bergantín Lord Wellington y luego en el elegante Morin's Hotel de Londres. La misión de los embajadores de la América del Sur, la primera llegada a Europa, como la titulaba la prensa, causó sensación en Londres, gracias al derroche de lujo, elegancia y talento desplegado por Bolívar. Su elocuencia impetuosa y su imprudente celo, unidos a las notas admirablemente redactadas por Bello en el frío lenguaje diplomático exigido por el gabinete inglés, obtuvieron los resultados ventajosos que era posible esperar en aquella difícil coyuntura que reunió, por una sola vez, a los dos grandes caraqueños, al servicio de ideales comunes de independencia patria.

Ambos se dejaron atraer por la fascinación que emanaba de Miranda, y ambos con entusiasmo contagioso lo convencieron de la necesidad de viajar a su patria a ponerse al frente de la cruzada libertadora. Todos conocemos el trágico final de esta aventura, cuando dos años después, el 31 de julio de 1812, Bolívar, en terrible gesto vengador y colérico, pone las manos sobre el general vencido que abandonaba escéptico la lucha, y lo entrega implacable a la justicia del gobierno español.

En 1828 pide el Libertador a Briceño Méndez que el Estado pague la suma prestada por banqueros londinenses para el viaje de Miranda, y solicita que “se hagan al documento legal para poder cobrar al verdadero deudor, pues a Miranda no le falta con qué pagar algo”. ¡Qué ironía!

Ignoraba o fingía ignorar que el desgraciado Precursor había muerto entre cadenas desde 1816, amargado por el recuerdo ominoso de los grillos puestos en La Guaira, por orden de Bolívar.

Bello, al contrario, en 1823 en la *Alocución a la poesía*, mantuvo intacta su admiración hacia el viejo luchador por la libertad, sin que le hubiera temblado la mano para dar al acto de La Guaira el nombre de *perfidia*:

*“¡Miranda!, de tu nombre se gloria
también Colombia; defensor constante
de sus derechos; de las santas leyes,
de la severa disciplina amante.
Con reverencia ofrezco a tu ceniza
este humilde tributo, y la sagrada
rama a tu efigie venerable ciño,
patriota ilustre, que, proscrito, errante
no olvidaste el cariño
del dulce hogar que vio mecer tu cuna,
y ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto y tu primer cuidado.
.....
Y si de contratiempos asaltado
que a humanos medios resistir no es dado,
te fue el ceder forzoso, y en cadena
a manos perecer de una perfidia,
tu espíritu no ha muerto, no; resuena,
resuena aún el eco de aquel grito
con que a lidiar llamaste; la gran lidia
de que desarrollaste el estandarte,
triunfa ya, y en su triunfo tienes parte”.*

Corre el tiempo. Bolívar, como arcángel exterminador, recorre los Andes con su espada invicta en una epopeya heroica que hace brotar nuevos Estados de las ruinas de un imperio. Las muchedumbres enardecidas lo aclaman como a un semidiós.

Bello queda en Londres sirviendo la causa de Venezuela, de Chile y de Colombia, como perpetuo secretario de sus legaciones, y aumentando el caudal de su ciencia con el estudio de las lenguas griegas e italiana, la lectura de los tesoros bibliográficos del Museo Británico y el trato con el grupo de intelectuales emigrados de España y América, y con científicos y letrados ingleses de renombre universal.

Pero su situación económica es desastrosa y en las urgencias de una pobreza que llegaba a límites extremos, vuelve los ojos al Libertador de Colombia, ya en el cenit de su carrera.

Se entabla entonces una correspondencia, digna y respetuosa por parte del sabio, un poco fría e indiferente del lado del guerrero y estadista, que no puede menos de causarnos impresión penosa.

En diciembre de 1826 Bello le expone a su "amado Libertador" sus penurias de orden económico: "Veó delante de mí, no digo la pobreza, que ni a mí ni a mi familia nos espantaría, pues ya estamos hechos a tolerarla, sino la mendicidad. Dígnese V. E. interponer su poderoso influjo a favor de un honrado y fiel servidor de la causa de América, para que se me conceda algo de más importancia en mi carrera actual. Soy el decano de todos los secretarios de legación de Londres y aunque no el más inútil, el que de todos ellos es tratado con menos consideración por su propio jefe".

A los quince días le envía una corta y elegante misiva de felicitación por la llegada a Colombia y a pesar de la enfermedad, "no puedo dejar de expresar en estos renglones mis ardientes votos por la gloria, la felicidad, la salud de V. E., y porque Colombia tenga el gusto de poseer largo tiempo en su seno al más ilustre de los hijos de América".

El 21 de marzo del 27 escribe nueva y larga epístola al Libertador Presidente, en la cual se permite darle sabios consejos de gobierno, y le expone el estado de las cosas económicas en Londres, la gran metrópoli del mundo mercantil. Sus frases están rebosantes de sinceridad, de admiración y de sabiduría política:

"Grandes son las dificultades de Colombia; y mucho, por consiguiente, lo que se espera del más ilustre de sus hijos. Entre los beneficios que él solo puede hacer a su patria, el más esencial y urgente es el de un gobierno sólido y fuerte. La experiencia nos ha demostrado que la estabilidad de las instituciones, en circunstancias como las nuestras, no depende tanto de su bondad intrínseca, como de apoyos exteriores, cuales son los que dan las cualidades personales de los individuos que las administran. Las victorias de V. E., sus talentos y virtudes, le han granjeado aquel brillo, aquel, no digo influjo, sino imperio, sobre la opinión, que solo puede suplir al venerable barniz que los siglos suelen dar a las obras de los legisladores".

Y, ¿Bolívar? Desde Caracas el secretario general don José Rafael Revenga responde el 30 de abril: "El Libertador ha recibido con sumo aprecio la comunicación que usted le dirigió el 21 de marzo último".

En carta conjunta a Fernández Madrid y a Bello, Bolívar les da cuenta de los últimos acontecimientos políticos que amenazaban la disgregación de Colombia, y de su renuncia ante el Congreso. Bello se apresura a comunicarle "que la noticia en Londres causó en nuestros vales una depresión súbita del medio por ciento", y agrega: "La Europa, que años ha mira a V. E. como el carácter más glorioso de nuestra época, y le cree destinado a ejercer una influencia que durará muchos siglos sobre la suerte de una numerosa familia de naciones, ha contemplado con intensa solicitud e interés la conducta conciliadora de V. E. en las alteraciones de Colombia. La elevación instantánea que experimentó en Londres el crédito de la república con la sola aparición del astro tutelar de la América sobre nuestro horizonte, es una prueba decisiva de la confianza que V. E. inspira, aun entre las graves dificultades que cercan y casi abruma al gobierno... Mis votos son, que sea lo que conviene a la felicidad de Colombia y a la gloria de V. E."

Tres días después, el 21 de abril, Bello comunica a Bolívar la próxima llegada a Londres del nuevo ministro plenipotenciario Fernández Madrid y la disposición del gobierno colombiano que le devolvía a él, encargado de negocios, a la condición de secretario con el sueldo anterior, contra lo mandado por la ley. Esta providencia hiere su sensibilidad, no por el perjuicio pecuniario, a pesar de ser grave, sino "por la especie de desaire que lo acompaña", y agrega aquel héroe civil de la honradez y del trabajo:

"V. E. me conoce, y sabe que un sórdido interés no ha sido nunca móvil de mis operaciones. Si yo hubiera jamás puesto en balanza mis deberes con esa especie de consideraciones, estuviera hoy nadando en dinero, como lo están muchos de los que han tenido acceso a la Legación de Colombia, desde más de seis años a esta parte, y no me hallaría reducido a mi sueldo para alimentar mi familia. Estoy ya a las puertas de la vejez y no veo otra perspectiva que la de legar a mis hijos por herencia la mendicidad".

Bolívar, el omnipotente y enérgico Bolívar, en nota escrita desde Caracas el 16 de junio, se muestra vacilante y aduce evasivas y excusas que no convencen, en relación a ese llamamiento angustiado; pero sí lo urge al cumplimiento de la comisión que le había dado sobre las ventas de las minas de Aroa:

"Mi querido amigo: He tenido el gusto de recibir las cartas de usted del 21 de abril; y a la verdad siento infinito la situación en que usted se halla colocado con respecto a su destino y la renta. Yo no estoy encargado de las relaciones exteriores, pues que el general Santander es el que ejerce el poder ejecutivo. Desde luego, yo recomendaría el reclamo de usted; pero mi influjo para con él es muy débil y nada obtendría. Sin embargo, le he dicho a Revenga que escriba al secretario exterior, interesándole en favor de usted".

Las demás cartas del Libertador se refieren al negocio de las mencionadas minas, para el cual había extendido poderes especiales a Fernández Madrid y a Bello, quienes llevaron con gran diligencia las gestiones hasta culminarlas felizmente.

Cuando Bolívar, ya encargado del gobierno, resolvió reorganizar el servicio diplomático, no hizo justicia a su antiguo maestro y secretario. Por nota de la cancillería de 14 de septiembre del 28, lo nombró cónsul en París, cargo de inferior categoría al que ocupaba en Londres, ofreciéndole, para disimular la injusticia, como ascenso futuro, la Legación de Portugal para cuando este país reconociera a la república. Bello, profundamente herido, ya no dudó más, y a pesar de la íntima repugnancia él, que siempre había anhelado servir a Colombia y lo había manifestado mil veces, aunque en forma harto elegante, renunció el consulado en París con la problemática legación de Portugal, y resolvió viajar a Chile, a donde su gobierno lo llamaba en las condiciones más halagadoras.

Fernández Madrid, noble y leal amigo de Bello, informó a Bolívar esta lamentable decisión, expresando que "la pérdida del señor Bello debe ser muy sensible a Colombia, porque tenemos muy pocos hombres que reúnan la integridad, talento e instrucción que distinguen a Bello".

Muy tarde vino a abrir los ojos Bolívar. Desde Quito, el 27 de abril de 1829 respondió a Fernández Madrid con una frase de resonancia histórica: "Ultimamente se le han enviado a Bello tres mil pesos para que pase a Francia; y yo ruego a usted encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía. Persuada usted a Bello que lo menos mal que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo; y él muy digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto. Su esquivéz nos ha tenido separados en cierto modo, y por lo mismo, deseo reconciliarme: es decir, ganarlo para Colombia".

Pero estaba escrito que nuestra patria, como en el caso de Cervantes —aunque ahora con culpa— habría de privarse de una gloria que los países americanos envidiarían a Chile. Y el *país de la anarquía*, como lo llamó Bolívar bajo el magisterio de Bello y gracias al esfuerzo de sus hijos, se convirtió muy pronto en la democracia modelo de la América Latina.

¿Qué había sucedido en realidad para enfriar tanto el afecto y el interés de Bolívar por el compatriota a quien llamaba "nuestro famoso Bello?".

En la *alocución a la poesía*, Bello terminaba su poema con un canto a la gloria de Bolívar, comparado con aquel árbol añoso y corpulento de su patria nativa, el venerable samán. Como él,

*"Así tu gloria al cielo se sublima
Libertador del pueblo colombiano,
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al pueblo más lejano".*

También le había dedicado el *Himno de Colombia*, canción militar, en la cual excita a los colombianos a defender "la libertad que es la vida del alma". Y en la crítica a la *Victoria de Junín*, de Olmedo, le había dado el título de "genio tutelar de la independencia americana".

Parece que entre la esquivéz tímida del intelectual y la suma sensibilidad del héroe se interpuso un chisme que fue la clave de aquel enfriamiento del cariño y la confianza de Bolívar. Alguien insinuó al Libertador que Bello había tolerado sin protesta una murmuración contra él. Bello, que algo supo o sospechó, en su dignidad y decoro no se prestó a dar explicaciones. Y por desgracia, en el coro de adulaciones y lisonjas que embriagaron a Bolívar, este no alcanzó a percibir la nota pura de los elogios, medidos sí, pero sincerísimos y de veras glorificadores, de aquel patriarca de la bondad y de la inteligencia.

Para Bolívar, fatigado de gloria y de dolores, llegaría muy pronto el crepúsculo de sus grandezas, junto al mar, grande y salobre como su vida. A Bello le aguardaban, por más de treinta y cinco años, una obra grandiosa y una lucha democrática que nunca termina porque la conquista de

la cultura, es decir, la liberación del medio por el espíritu, es un quehacer interminable y un acicate que guía y estimula a la humanidad en su marcha penosa por los caminos de la historia.

Bello, magnánimo, no guardó rencor a Bolívar y mantuvo lealtad inquebrantable a su memoria. Si en vida no se dejó fascinar por sus resplandores, y mantuvo el juicio por encima de adulaciones serviles, después de su muerte escribió varias veces sobre “aquella alma ardiente de Bolívar para quien lo grandioso, lo colosal, tenía un prestigio irresistible”. Siempre que trata problemas de América, parece que la sombra del Libertador no lo abandona. Y ya en el atardecer de su existencia —cuentan sus biógrafos chilenos— cuando en torno a su gloriosa ancianidad fecunda se agrupaban los hombres más eminentes de su época, los labios repetían en voz queda el nombre de Bolívar con dulces añoranzas de pasadas glorias y una emoción no contenida de orgullo americano.